

EL ORDEN SOCIAL

Semanario católico de intereses sociales, pero no políticos

CON APROBACION ECLESIASTICA

AÑO VI

HEREDIA, SABADO 18 DE ABRIL DE 1908

Nº 311

EL ORDEN SOCIAL

DIRECTOR:

Presbo. Rosendo de J. Valenciano

EDITOR Y ADMINISTRADOR:

Luis Cartín G.

Calle del Carmen No. 31. Apartado No. 32.

*Este periódico se publica los sábados.
La suscripción por trimestre vale 50 cts.;
el número suelto, 5 cts.*

SANTO EVANGELIO

El de esta dominica es del capítulo XVI, versículos 1 al 8, según S. Marcos.

En aquel tiempo, pasada la fiesta del sábado, María Magdalena y María, madre de Santiago, y Salomé, compraron aromas para ir á embalsamar á Jesús. Y partiendo muy de madrugada el primer día de la semana, llegaron al sepulcro salido ya el sol. Y se decían una á otra: ¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro? La cual realmente era muy grande. Mas echando la vista, repararon que la piedra estaba apartada. Y entrando en el sepulcro, se hallaron con un joven sentado al lado derecho, vestido de un blanco ropaje, y se quedaron pasmadas. Pero él les dijo: No tenéis que asustaros; vosotras venís á buscar á Jesús Nazareno, que fué crucificado; ya resucitó; no está aquí; mirad el lugar donde le pusieron. Pero id y decid á sus discípulos y á Pedro, que él irá delante de vosotros en Galilea, donde le veréis, según que os tiene dicho.

CONSIDERACION

Jesucristo ha resucitado. ¡Qué alegría, qué esperanza, qué gozo para nuestros corazones! Porque si nuestro Maestro resucita, nosotros resucitaremos por Él. Sí; su gloriosa resurrección asegura la nues-

tra. Bien podemos decir con el santo Job: Sé que mi Redentor vive, y que resucitaré de la tierra en el último día, y veré á mi Dios en esta misma carne. Pero para resucitar con Cristo, hay que morir con Él muerte de cruz; hay que crucificar nuestras pasiones, nuestros apetitos, y hacer morir en nosotros al hombre viejo, tan tibio, tan pusilánime, tan carnal, para que nazca en nosotros el hombre nuevo de la gracia, y resucitemos á una vida pura, espiritual y fervorosa; muramos á todo lo que ama el mundo, y resucitemos con nuestro Dios y Señor Jesucristo para vivir eternamente en su amor y su adoración.

Resucitó de entre los muertos

Para que nuestra fe no fuese vana ni vana la predicación de los Apóstoles, el hecho de la resurrección del Salvador quedó tan perfectamente demostrado, que los innumerables sofismas suscitados desde los judíos hasta los racionalistas para desfigurarlo ó contradecirlo, aparecen sencillamente ridículos ó cuando más simulan afianzarse en la dialéctica, se presentan como delirios ó bien inciertos tanteos de una razón vacilante.

Una de las primeras pruebas nos la suministra, á su pesar, la astucia de aquella raza de viboras, pues los príncipes de sus sacerdotes y los fariseos, ya sepultado Jesús, dijeron á Pilatos que mandase custodiar hasta el tercer día el sepulcro del Crucificado, para evitar el que sus discípulos hurtando el sagrado cadáver, dijese luego á las turbas que había resucitado. ¡Necia suposición! ¡Cómo los dis-

cípulos que habían abandonado vivo á su Maestro habían de pretender recuperar su cadáver? ¿Con qué objeto? Entre las tinieblas de la noche y el espanto de aquellos solitarios y ensangretados lugares ¿adónde irían á esconder el cadáver de Jesús? Y luego ¿con qué fe predicarían aquella resurrección y por qué inconcebible firmeza se dejarían, como lo hicieron, arrebatar la vida por sostener la verdad de la resurrección?

Con la guardia que les dió Pilatos fueron los enemigos de Jesús al Santo Sepulcro, lo aseguraron, cerraron y sellaron, pero llegada la hora, sintióse un gran terremoto y resucitó el Señor, quedando los guardas como muertos.

Para que no quedase duda acerca de este hecho fundamental de la Religión cristiana, consta que se efectuaron las apariciones del Salvador á María Magdalena, á la otra María que la acompañaba, y en la tarde de aquel gran día á San Pedro en Jerusalén y á distancia de ciento sesenta estadios de esta ciudad á los dos discípulos que se dirigían á Emaús. Agréguese á estos testimonios el de los Apóstoles, á quienes el Señor hubo de decirles, al aparecersele, estando cerradas las puertas: "Mirad mis manos y mis pies, yo mismo soy;" recuérdese la obstinada incredulidad de Santo Tomás, y luego el profundo rendimiento de su fe, y se comprenderá que si estos testigos tan difíciles de conven-

cer, dieron luego su vida en confirmación de lo que predicaron, fué porque la vieron.

¡Oh preciosa resurrección de Jesucristo, vida nuestra, digna eres de ser loada eternamente como fundamento de nuestra creencia y de la esperanza que nos anima de nuestra propia resurrección!

T.

Non est hic, iresurrexit!

Repite el eco de roca solitaria el himno de la tarde, que el piadoso pastor envía á los Cielos. ¿Quién podrá describir la inefable dicha que produce la resurrección del Mesías?

¡Resurrección! palabra que hace brotar ideas hasta de las piedras, ideas por donde las almas suben, como por invisible escala, sacudiendo el polvo de la tierra y los dolores de un día, á saciar en la fuente de la vida, en que beben su luz los orbes, la sed inextinguible de la eterna verdad y del infinito amor; que mientras existan tantas batallas en el mundo y tantas contradicciones en los entendimientos, á través del dolor vislumbraremos otra vida espiritual, á la que solamente llegará el alma despojada de sus vestiduras terrenales, ciñéndose las dos místicas alas de la oración y de la fe.

Al sentir la grandéza del día de la Resurrección, oyendo el himno glorioso, acompañado por la cadencia de las arpas seráficas, como coros de aspiraciones resplandecientes, cuya luz destella místicas y consoladoras ideas, los mortales apenas nos atrevemos á alzar nuestros tímidos acentos al ver que vive el que ha hecho por nosotros más que por los ángeles, pues se ha hecho nuestro hermano.

Hay en la resurrección episodios de tan alta sublimidad que reclaman los himnos de los Cielos, hijos inmortales de la divina Luz.

La impaciencia no permite á las santas mujeres esperar los primeros albores del día....se acercan al más santo de los sepulcros, y viéndolo abierto, retroceden huyendo a s o m b r a d a s....hasta que oyen que un joven, brillante y bello como un resplandor matutino, y graciosamente envuelto en una vestidura larga de blancura deslumbradora, les dice: «No temais. Sé que buscáis á Jesús; no está ya aquí....ha resucitado como os lo había predicho....Id ahora y decid á Céphas lo que habeis visto y oído. ¿Por qué buscáis entre los muertos al que está entre los vivos?....»

¡Dios quiera que imitemos el celo de las santas mujeres y recordemos las palabras del celestial mensajero, á lo menos, como un canto lejano que despierde en nuestro corazón—haciendo vibrar en él cuerdas que suelen estar dormidas—la idea de los horizontes esplendorosos que se abren tras la tumba.

I J.

LEAN LAS MADRES

Uno de los defectos de la educación de nuestros tiempos es querer que la niñez entre al escenario de la vida, mucho antes de tener la edad conveniente para ello.

En los tiempos antiguos, la niña era niña hasta cierta edad, y como tal era tratada. Hoy no hay límite y se ha progresado tanto en el camino de la libertad, que no faltan hijas que dan lecciones á sus propias madres.

De esto tiene mucha culpa, casi toda, la clase de instrucción y educación que se da, que hace creer sabios consumados y dueños del mundo entero á los que aun no han pisado los diételes de la vida, y la culpa la tienen también en parte las mismas madres, por hacer á sus hijas señoritas antes de tiempo.

Aun bien no saben vestirse solas, cuando ya quieren que sus niñas luzcan el talle y que

odopten cierto modo de andar notable, y las llevan á las reuniones, á los teatros, á los bailes; que son el primer escalón por donde muchas bajan á las mansiones tenebrosas del infortunio eterno.

Así no es extraño encontrar por todas partes, niñas de diez y de doce años que se figuran señoritas de diez y ocho ó veinte años, contoneándose y dirigiendo miradas y sonrisas á los transeuntes que pasan por su lado.

Hablan de novio y de amoríos, cuando aun les quedan muchos años para jugar con las muñecas y ocuparse en hacer vestidos y moñitas, y jugar á las visitas con las demás compañeras.

Muchas de estas niñas, que todavía no tienen la suficiente ciencia para hacerse bien una trenza de sus cabellos, tienen, sin embargo, el sobrado atrevimiento infantil de prender novios y manifestar esos deseos á otras más ó menos de su misma edad.

Esta es una degeneración de las costumbres, muy perniciosa para la sociedad.

Las madres que ansían la felicidad de sus hijas, y quieren que las respeten, no deben pretender que ellas entren en el escabroso camino de la vida real antes de tiempo, porque hay un peligro inmenso al internarse en una selva cuyo camino es completamente desconocido.

A la resurrección del Señor

Los que fuera del curso y armonía que con ley inmortal gobierna el

[suelo,
vistes el sol entristecer el cielo,
y suceder la noche al medio día:

Los que vistes con triste melodía
llorar las piedras y romperse el velo,
morir la Vida, y convertirse en hielo
la luz del mundo que en sí misma

[ardía:
Mirad el Sol que la prisión levanta
al luminoso Cuerpo soberano,
mirad la Vida que á la muerte es-

[panta;
Pues con los rayos de su eterna
[mano
renueva de su templo el alma santa
el cinco veces roto velo humano.

LOPE DE VEGA

VARIEDADES

ANÉCDOTA

Un célebre literato recibió una carta injuriosa llena de faltas de ortografía, en que un desdichado le retaba á un lance de honor.

El literato le contestó:

He recibido su carta y acepto el lance; mas, como soy el ofendido, tengo derecho á elección de armas. Elija la ortografía, y por lo tanto puede usted darse por muerto.

VARIEDADES

Por ser bueno y estar pronto
A la voz del desvalido,
Dios te mira complacido,
Y el mundo te llama tonto.

Me insultan y yo me callo
Lleno de satisfacción,
Porque en mi interior hallo
Para el bruto compasión.

Entre disgustos no pocos
Y alguna dicha fingida,
Va transcurriendo mi vida
En esta casa de locos
Que el mundo mundo apellida.

VERDADES VIEJAS Y BUENAS

El padre que no enseña á su hijo un oficio, lo prepara para ser ladrón.

El que de lo que gana economiza un centavo diario, al fin tendrá capital.

El envidioso y el codicioso viven atormentados y están listos para hacer todo negocio ilícito.

Una buena reputación es cien veces mejor que una buena cara.

Un joven haragán será de hijo un viejo pobre.

Una buena esposa y una buena salud son las mejores riquezas del hombre.

El honor debe ser la espuela de la virtud y no el estribo del orgullo.

La nobleza debe de estar en el corazón y no en la sangre ni en los blasones.

El que trabaja algo gana, el

que algo gana algo tiene, y el que algo tiene algo vale.

MORIR A LO PERRO

—¿Cómo tan de noche por estas calles de Dios, doña Eulogia?

—Hija, vengo de casa del pobre D. Celedonio, que está dando las últimas boqueadas.

—¡Jesús, un hombre tan robusto! ¡Hija, si esta visto que no somos nada! ¡Pobrecilla Restituta! ¿Qué hará con sus cuatro hijos, tan pequeños que caben todos juntos bajo un barreñón?

—Pues, amiguita, está tan fresca como una lechuga. ¡Alabo su calma y pachorra!

—¡Uf! Nunca me gustó esa mujer, fría como un mármol y dejadota como pavo encogido.

—Me parece que lucida va á quedar con cuatro nenes. ¡Pobres criaturas!...

—¿Con que sigue tan grave su esposo, doña Restituta?

—¡Ay! Sí, señor, muy grave.

—Pues aquí vengo, en nombre de Dios, de quien soy ministro, aunque indigno, á ofrecer....

—¡Por Dios, no hable V. de de eso! Se asustaría mi pobre marido.... No quiero darle tan grande disgusto.

—Pero, señora, en esto no hay disgusto que valga. Además, que lo primero es el alma.

—Ya lo creo; bien segura estoy de ello, y el pobrecito de mis entretelas, también; pero ¡ay! le costaría tanta pena, que mejor será....

—Mire V. que la cosa es más seria de lo que parece, y quizá después tenga V. que llorar toda su vida si lo deja morir sin Sacramentos. Dispéñeme la ruda franqueza, pero la salvación de un alma vale tanto....

—Lo comprendo, lo comprendo.... y estoy dispuesta al sacrificio, pero más tarde...

—Lo será demasiado, quizá.

—No.... no.... espere V. un poco. O bien, vuelva usted ma-

ñana, que esto da mucho tiempo.

—Si V. me lo permite, esperaré. (Aparte: ¿Es posible, Dios mio, que se llamen católicas personas que así obran? ¿Dónde está su fe?)

—Puesto que V. se empeña, espere allí, en el gabinete inmediato. (También aparte: Estos curas son unos moscones tremendos. Ya no me vuelvo á ver libre de semejante espantajo.)

—Señor cura, corra V., que esto se acaba. ¡Ay! ¡Pobrecito de mi alma, tan bueno como era, y que solita me deja en el mundo!

El sacerdote se apresura á entrar. Llega hasta el lecho del dolor, y se vuelve á los circustantes, diciendo:

—Está muerto.

—¿Muerto?

—Sí; no hay duda.

—Pero dele V. á escape los Sacramentos: que no se vaya sin los auxilios espirituales.

—Es tarde.

—¿Cómo tarde? Ande listo, señor cura, que sería un sentimiento muy grande de j a r l e morir....

—Como á un perro, ¿verdad?

—¡Por Dios! Adminístrele V., siquiera la extremaunción.

—He dicho que es tarde. Los Sacramentos son para los vivos. Este hombre es un cadáver. ¡Encomendemos á Dios su alma!

—¿Vamos al entierro, tocayo?

—De quién?

—De Don Celedonio. ¿No te acuerdas? Aquel calavera y jugador con quien hemos corrido tantas juergas.

—¡Vaya un pez que le ha caído al diablo! ¡Pues no me he de acordar! ¿Conque se murió?

—Todo entero.

—Pues, hijo, Dios le ha y a perdonado, si llegó á tiempo.

—Creo que sí, hombre; porque tuvo un cura á su cabecera hasta última hora.

—Más vale.

—Vaya, pues vamos al en-
tierra. Qué demontre, algo hay
que hacer por los amigos!

—Vamos allá, y luego dare-
mos el pésame á la viuda.

(Ni una sola oración reza-
ron por el fenecido.)

—Señora, la acompañamos
en su justo dolor.

—Gracias.....; Ay, pobrecito
mío.

No se aflija V., doña Resti-
tuta. Su esposo era un santo, y
Dios lo ha llamado á la mansión
eterna.

—¡Ay, ya lo creo!

--Nosotros, que le conocía-
mos hace muchos años y había-
mos pasado largos ratos en su
compañía, sabemos los senti-
mientos hermosos que su cora-
zón abrigaba.

—Sí, era un ángel, por lo
sencillo y virtuoso.....

*
*
*

Basta, lector del alma. El
cuadrado que acabo de bosque-
jar tiene, desgraciadamente,
harta realidad.

La historia de la muerte á la
moda (llamémosla así) puede
sintetizarse en estas palabras:
Nada de Sacramentos, no se
disguste el enfermo; mucho de
pésame fingido, después de un
entierro en donde no se reza y
que suele tener, á veces, más de
civil que de eclesiástico; acerbas
censuras para el difunto por
los mismos que se llaman sus
amigos, y, casi no me atrevo á
decirlo, un infierno muy proba-
ble para quien así muere, y no
menos seguro para quien así
deja morir á las personas que
cree amar.

V. P. CLARET

DE S. JUAN DE TOBOSI

Ya se aproxima la estación
lluviosa y todavía el puente del
Rio del Alumbre no ha sido
arreglado del lado de las má-
quinas. Ojalá se corrigiese esa
deficiencia cuanto antes.

Con placer se ha visto en és-
ta el nombramiento recaído en

la señorita Balsamina Ramírez
para maestra de la escuela mix-
ta de este lugar.

CORRESPONSAL

C R O N I C A

Suplicamos encarecida-
mente á nuestros agentes la
pronta recaudación de los fon-
dos correspondientes al trimes-
tre que con el presente abril fi-
naliza, pues la Administración
ahora más que nunca necesita
de fondos con que reponer en
parte el déficit que le está oca-
sionando la circunstancia de te-
ner que emplear en la impresión
del periódico un papel de cali-
dad muy valiosa, por la comple-
ta extinción de las clases bara-
tas en el país.

En la tarde del domingo de-
jó de existir en esta ciudad el
caballero don Gustavo Ulloa.
Fué el extinto persona de gran
actividad en la lucha por la exis-
tencia, pero la fortuna nunca
le fué propicia, dejando
hoy á su familia sumida en la
mayor pobreza. Pertenció don
Gustavo al numero de los cató-
licos que hoy van escaseando,
al número de los que practican
sin temor al *qué dirán*, sin
puntillo de respeto humano, los
deberes que la religión impone.
Recibió varias veces durante su
larga y dolorosa enfermedad los
Santos Sacramentos, preparán-
dose así para su tránsito á la
otra vida. Al elevar nuestras
oraciones pidiendo al Dios de
las misericordias el eterno des-
canso del alma del finado, pre-
sentamos á su estimable viuda
y familia nuestro pésame sen-
tido.

Nanzis Nasi, siciliano, ma-
són de copete, Secretario de Es-
tado que fué en Italia, primero
en el gabinete de su paisano
Crispi y después en el de Zanar-
delli, acaba de ser condenado á
prisión por la Suprema Corte
de Justicia de su país. Por-
qué? Nada menos que por *la-*
dronazo!! Por haberse com-
probado plenamente que se gas-

tó unos cuantos milloncejos de
liras de la feliz *Italia una* en
provecho propio, dándose la
gran vida, en arreglar su resi-
dencia con la mayor esplendidez
y en generosidades con sus ami-
gos, á quienes concedía buenas
propinas. Aunque el miserable
que se roba un pañuelo en una
tienda, sin grandes preámbulos
va á parar á la cárcel y por una
buena temporada. Nasi, gran
ladrón, como pertenece á la ma-
sonería imperante en Italia, ha
sido condenado únicamente, co-
mo quien dice por fórmula y
por acallar el clamor público, á
la insignificante pena de 11 me-
ses 20 días de prisión. Al menos
es algo, pues parece que Nasi
contaba con que la influencia
masónica lo haría aparecer an-
te los tribunales como inocente
angelito. Peor ocurre en otros
países gobernados por liberales,
donde algunos ex-Presidentes y
ex-Ministros, llenos de garbo,
recorren impunemente las ca-
lles, no obstante que todo el
mundo se sabe de memoria que
tales señores se hicieron millo-
narios de la noche á la mañana
con el dinero del pueblo.

¡ACUDID AQUI!

No hay que olvidarse de que
en la nueva tienda de Saturni-
no Meléndez se encuentra un
completo variado surtido de
gasas, merinos, casimires para
señora, ídem para hombre, dri-
les y zarazas. Especialidad en
tilichería y sedería, todo á pre-
cios que fácilmente se pondrán
al alcance de todos los bolsillos.

Heredia, febrero de 1908

A V I S O

A las personas que tengan que
poner altar en la festividad del Cor-
pus en el presente año, les aviso
que tengo para la venta dos buenos
altares: uno de madera y otro de
pinturas al óleo. Precio y condi-
ciones convencionales.

PEDRO LIZANO

Heredia, abril 1° de 1908.

Tip. de L. Carrión G.